

LAS DROGAS ULTIMAS SEGUN SUS DEFENSORES

por JACQUES MOUSSEAU

Traducción de Rodolfo Montero G. H.

“Por el momento, lo que se pueda decir sobre las drogas, además de su interés intrínseco y del interés ético, sociológico y espiritual de la experiencia alucinatoria, es que, si son utilizadas en forma adecuada, puede resultar de ahí un cambio profundo e importante en nuestra conciencia y conducta, probablemente en un sentido beneficioso”.

(Aldous Huxley)

La exploración del cosmos interior no hace sino comenzar. Para el interior, las nuevas drogas, en cuanto al exterior, los cohetes. Se trata de algo acaso tan importante como la astronáutica.

“Nuestra experiencia de la ‘realidad’, la experiencia racional como la llamamos, no es sino una experiencia particular que deja de lado otras aproximaciones totalmente diferentes... Ninguna visión exhaustiva del universo es posible mientras esas otras formas del conocimiento no hayan sido dominadas. ¿Cómo adueñarse de ellas? He allí toda la cuestión”.

Este problema planteado por William James no es ya sólo de orden filosófico como lo era a comienzos de siglo. Los progresos de la química del cerebro han hecho de “esas otras formas del conocimiento” un campo de experimentación accesible al hombre de ciencia. Las drogas, descubiertas o sintetizadas en el laboratorio, permiten contemplar, en parte por lo menos, la trama profunda sobre la cual está tendida la tela de las apariencias.

Nos hemos educado en cierta cultura, estamos moldeados por un pensamiento, disponemos de un cierto lenguaje. Estas herramientas no son tan malas puesto que la experiencia que nos forjamos gracias a ellas es lo suficientemente próxima a la realidad como para que sobrevivamos. Hemos aún podido creer durante largo tiempo que estas herramientas eran las únicas valederas, aun perfectas. El estudio comparado de las culturas nos obliga a una cierta relatividad. Los medios del conocimiento sobre el cual reposa nuestra civilización se nos aparecen como una jerarquía bastante arbitraria. A la primacía que concedemos a la experiencia mensurable, la India tradicionalista opone la vía de la intuición.

En el seno de nuestra propia cultura, los progresos no han sido realizados sino por seres que comenzaban por poner en causa los tabúes recibidos. Los profetas, los pensadores, los poetas y los creadores han sido primero portadores de negación, antes de afirmarse como portadores de revolución; negando las realidades admitidas se han aproximado un poco más a la verdadera realidad. La aventura continúa con nosotros, el futuro innovador siente confusamente que la cultura de la que él ha estado impregnado arrastraba a la vez la cizaña y el trigo. Amplias zonas que pudieron ser valiosas en un tiempo han llegado a ser caducas. Pero él mismo está demasiado sumergido en el río, demasiado arrastrado por él para darse cuenta con nitidez de qué es lo que sigue siendo material noble y lo que ha llegado a ser escoria.

Para renovar su visión, el artista, el poeta, y aun el pensador han recurrido a excitantes que les abrían las puertas de los paraísos artificiales. Deseaban un decantamiento de los valores encasillados por la educación o la rutina. El cerebro quería elevarse sobre las alturas y abrazar un paisaje mayor. Algunos han encontrado esa liberación por el alcohol, o por el opio o por el haschich. Algunos han recurrido al erotismo, otros han trepado lentamente las cumbres por el ayuno, la soledad y la meditación. Por la vía rápida y fácil de la droga, por la vía lenta y difícil de la ascesis, la aspiración por satisfacer era la misma: llegar a ser visionario; sentirse confundido con la realidad invisible, sea ella Dios o simplemente el universo.

Cada uno es un vidente

El despertar, después de la experiencia liberadora, era brutal. Dejaba los órganos para siempre alterados y, después de cada incursión nueva por las alturas, la caída era un poco más peligrosa. Sin duda, el místico religioso se sitúe aparte, aunque la anemia y la avitaminosis afecten su organismo. Para el adepto de las drogas o del alcohol, la decadencia física, y después mental es el precio con que debe pagar sus breves iluminaciones. La mayor parte de los ebrios y de los drogados son banales gozadores y no los mesías del progreso humano. Sin embargo, en este nivel tenemos que situar la tentación representada por los excitantes del

espíritu, aun cuando no aparezca sino un Rimbaud entre 10.000 ángeles caídos.

Se comprende por qué los alucinógenos creados por la química moderna suscitaban desde hace algunos años un interés inmenso: la mescalina, el LSD, la psilocibina, reavivan un debate que se creía clausurado y reaniman al mismo tiempo la pasión acumulada en el corazón del hombre. Estas drogas constituyen nuevas claves que dan acceso a los mundos situados detrás de la trama, abriendo vías de conocimiento para las cuales nuestra cultura no nos ha preparado. El LSD y la psilocibina, han sido calificados por un especialista de "zen instantáneo" porque estas drogas permiten alcanzar en un momento la experiencia trascendental, "la visión fuera de sí mismo" —que el monje zen no conoce sino después de años de meditaciones, de ejercicios respiratorios y de ascesis. El *satori* zen, "la experiencia de las experiencias", capaz de trastornar la existencia, trae consigo una percepción más aguda y más profunda de sí mismo y del mundo, de sí mismo con respecto al mundo. Las drogas modernas conducen, según los que las estudian, hacia ese estado sin esfuerzo. Ellas anulan las inhibiciones mentales y las barreras culturales y abren las puertas de un universo infinito sin exigir a cambio compulsiones pacientes de las que pocos hombres son capaces. Los estados místicos, las visiones poéticas, los universos paralelos, son puestos al alcance de todos en un supermercado del inconsciente.

Esta posibilidad motivaría por sí sola el entusiasmo por la psilocibina, el LSD, la mescalina y sus derivados. Otras características instalan a estas drogas en un lugar de elección sobre el estante de los modificadores del cerebro. Su potencia primero: el LSD es 100 veces más poderoso que la psilocibina y 7.000 más que la mescalina, la cual se sitúa en el nivel de la vieja marihuana; su inocuidad sobre todo: transcurrida la duración de su acción —12 horas para LSD, 6 horas para la psilocibina, 1 hora para la mescalina—, ellas no dejan ninguna huella en el organismo; éste no sufre ninguna especie de deterioro visible y no existe acostumbamiento a los alucinógenos semejantes al de las otras drogas.

El profesor Roger Heim, director del Museo de Historia Natural de París, que ha tomado 6 veces psilocibes, los hongos mexicanos que contienen la psilocibina natural, no ha experimentado jamás la necesidad fisiológica de recomenzar. "Las 6 experiencias tenían por objeto un estudio científico sobre mí mismo de los psilocibes", dice. "Después de alcanzar el fin, detuve las experiencias desde hace varios años, sin dificultad". El hombre moderno podría, pues, emprender sin peligro la exploración de los universos peligrosos, ir y volver a menudo mientras la síntesis de las enseñan-

zas que extrae de ello no esté realizada. ¿Cómo no habría de entusiasmarse por esta aventura sin precedentes?

Estas drogas no crean acostumbamiento

Apenas fueron entrevistadas estas posibilidades, comenzó la discusión entre partidarios y adversarios en un viaje hasta ese otro mundo, entre creyentes e incrédulos, optimistas y escépticos. Ella dura todavía ¿Debemos confiar en esta inocuidad aparente? En el hecho, debemos considerar que no sabemos nada acerca de los efectos a largo plazo. Modificaciones invisibles de los órganos, pueden producirse en el corazón de la célula y amenazar —quién sabe— la descendencia misma de los adeptos a las drogas. La ausencia de trastornos fisiológicos no excluye secuelas más cargadas de consecuencias: las conmociones de nuestra estructura psíquica. Que sea necesario reevaluar nuestro patrimonio cultural, bien, de acuerdo, pero en el sentido que permita seguir su curso a la aventura occidental. Algunas fórmulas químicas podrían desquiciar, en efecto, las bases mismas de nuestra civilización. El debate actual no se sitúa sólo en un plano científico o médico, se desarrolla en lo esencial, en el plano de la filosofía y aún de la teología. ¿Cuál es el valor de una experiencia mística provocada por algunos comprimidos? Nulo y sacrilego, afirman ciertas autoridades religiosas, que estiman que los éxtasis de los santos son muy distintos de las visiones provocadas por la droga. Pero otros no vacilan en afirmar públicamente que estas drogas nuevas obligan a plantear buen número de cuestiones teológicas. Los anglosajones reaccionan en este punto con su pragmatismo tradicional. Una autoridad en lo que concierne al estudio de los estados místicos, el doctor W. T. Stace, de Princeton, estima que la Iglesia no debe menospreciar una técnica cuya naturaleza puede consolidar el sentimiento de la fe: "el hecho de que este sentimiento sea provocado por una droga no pone en tela de juicio su valor". El doctor Paul Lee del M.I.T. (Instituto de Tecnología de Massachusetts) anota que: "en nuestros días, la experiencia religiosa ha llegado a ser tan superficial y racional que para volver a encontrar el sentido del misterio y del arrobamiento místico, debemos recurrir a las drogas", "es una necesidad en el marco de la cultura contemporánea, insiste el doctor Stanley Krippner, de la Universidad de Kent, pues la simple asistencia a los oficios religiosos no conmueve ya profundamente a los fieles". El doctor Timothy Leary, por fin, antiguo profesor de Harvard, cuyo nombre está íntimamente ligado a la historia de estas nuevas drogas, como veremos, no vacila en predecir que: "llegará"

el día en que los comprimidos bioquímicos serán utilizados al mismo título que la música de órgano y el incienso para provocar la exaltación espiritual de los creyentes durante las ceremonias religiosas". No tomamos por nuestra cuenta evidentemente estos pensamientos formulados en varios sitios ubicados entre la costa oeste y la costa este de la América del Norte. Ellos producen en nuestros oídos impregnados de la vieja cultura religiosa un sonido extraño. Pero el hecho objetivo de que razonamientos semejantes sean admitidos por intelectuales influyentes debe sin duda ser tomado en consideración.

Redescubrimos un secreto perdido

La experiencia propuesta para el futuro ha sido vivida en el pasado por ciertas grandes civilizaciones, y lo es aún por algunos grupos étnicos que han sobrevivido a su desaparición o han heredado sus tradiciones. Los temas favoritos del arte precolombino —animales fantásticos, gigantes esculpidos, llamas o seres vivos, etc.— reproducen en piedra u oro las visiones provocadas por la mescalina. Es verosímil que los artistas aztecas trabajaran bajo la influencia de la droga. En nuestros días aún, varios pueblos indios "se unen con su dios" tomando peyotl, una planta de las mesetas que contiene mescalina. En México recurren a los hongos sagrados, las psilocibes, que han sido particularmente estudiadas por investigadores como el americano Gordon Wasson y el francés Roger Heim. Recientemente un bioquímico americano, en viaje de estudio por México, dio algunas píldoras de LSD a una curandera de una pequeña aldea. Después de haber juzgado los efectos de la droga sobre sí misma la vieja le dijo con cierto contentamiento: "en adelante podré practicar la magia todo el año, no tendré que esperar ya la estación de las callampas". En las antiguas civilizaciones de alto nivel cultural, la utilización de las drogas ha estado verosímilmente ligada a los acontecimientos esenciales de la vida: la religión, la medicina, el arte, la adivinación del porvenir, la guerra, etc. En sus laboratorios la ciencia moderna no hace otra cosa que redescubrir un secreto perdido, un poder olvidado.

Este redescubrimiento comenzó una tarde de abril de 1943 en un laboratorio de Basilea, en Suiza. El doctor Albert Hoffmann, ensayaba diversos compuestos creados a partir del ácido lisérgico derivado del cornezuelo del centeno. El absorbió una cantidad ínfima de un compuesto nuevo, el que llegaría a ser el LSD-25 (abreviatura de la dietilamida del ácido lisérgico) "me sumergí pronto, dijo, en un mundo de imágenes fantásticas... ellas estaban asociadas a un extraordinario caleidoscopio de colores... el espacio y el tiempo se

habían desorganizado... y yo creí que iba a morir-me". El cuerpo químico sintetizado por el doctor Hoffmann suscitó de inmediato la curiosidad de los químicos y biólogos. El análisis permitió descubrir que el LSD y sus derivados podían detener o aumentar la secreción de serotonina por el cerebro. Como los trastornos de los esquizofrénicos se acompañan de un desajuste en la producción de serotonina, los psiquiatras recomenzaron a considerar que esta grave enfermedad mental podría tener un origen puramente orgánico. Proyectaron tratar a los esquizofrénicos con el LSD y obtuvieron efectivamente mejorías interesantes. Por lo demás, entregándose ellos mismos a experiencias con la nueva droga, aprendían a comprender mejor el mundo delirante de sus enfermos. Verdaderamente comenzaba una nueva era para la psiquiatría.

En los laboratorios, los químicos tratan activamente de crear otras drogas de la misma naturaleza. Albert Hoffmann, unos años después de su descubrimiento del LSD, inventaba la psilicibina sintética, semejante al alucinógeno contenido en el hongo sagrado de México. Al mismo tiempo, otros investigadores operaban una vuelta a las fuentes de las viejas civilizaciones y estudiaban el efecto de los psilicibes y del peyotl utilizados por los indios de la América Central. En pocos años, la bioquímica se encontró en posesión de una serie de sustancias nuevas designadas por el término genérico de psikedélicos, es decir, aceleradores del cerebro o modificadores de los estados de conciencia. De inmediato se planteó la pregunta: "¿Qué hacer?". 10 años más tarde, uno de los investigadores podía escribir que estas drogas, desde su descubrimiento, habían servido más o menos para todo: para modificar la arquitectura de las telarañas, así como para organizar *cocktail-parties* a base de LSD; igualmente para tratar la esquizofrenia, como hemos visto.

Varios miles de alcohólicos, considerados como irrecurables, han sido curados de su vicio por los psikedélicos en USA, Canadá, Australia y Gran Bretaña. Las estadísticas muestran que en el 50% de los casos, un ebrio después de una cura de LSD se torna completamente sobrio. La mayoría de los alcohólicos así tratados han traducido su experiencia bien o mal —diciendo que bajo el efecto de la droga, habían tenido la impresión de morir y después de renacer en seguida a una vida nueva. Las alucinaciones provocadas por la droga, habían cambiado definitivamente algo en ellos. La idea de que una experiencia mística puede modificar radicalmente el curso de una vida, no es nueva; lo que lo es, es que esta conmoción pueda ser obtenida por medio de una fórmula química.

Todos jugamos un juego con reglas precisas del que no siempre tenemos conciencia. El millonario, a veces multiplicando los esfuerzos, es prisionero de un perso-

naje, pues no puede imaginarse otro. La vedette de cine, juega otro juego. Nadie piensa intervenir en su *mise en scène*, pues ella es admitida por la sociedad. El ebrio juega con sus propios roles y, como éstos no son generalmente reconocidos, los golpes que se le descargan son considerados como éxitos.

El escándalo de Harvard

Los bioquímicos americanos se dedicaron a otra categoría humana de asociados cuyo universo está particularmente estructurado: los criminales. Una experiencia realizada con 36 presidiarios, de la prisión de Massachusetts, demostró que después de una cura de LSD, el número de reincidentes, en el año siguiente a la liberación, era inferior al 50% cuando normalmente es del 85%; la droga aparentemente había roto las estereotipias de estos criminales. Los psiquedélicos son clave de la libertad, dice el Dr. Timothy Leary, tales como la humanidad no ha tenido jamás a su disposición. Es grande la tentación de precipitarse sobre todas las puertas para ver lo que se encuentra detrás. Apenas habían nacido estas drogas cuando los especialistas intuyeron que ellas representaban una invención tan importante como el descubrimiento del átomo y de las fuerzas nucleares. ¿Para el bien o para el mal de la humanidad? Todavía no se habían planteado tan nítidamente esta pregunta cuando ya la discusión se desarrollaba en un tono pasional. Nada la ilustra mejor que lo que se ha llamado en USA, en el gran público y en todas partes del mundo entre los especialistas, el escándalo de Harvard. En el centro de este escándalo: dos eminentes psicólogos, Timothy Leary, primero, 43 años, y Richard Alpert, 32 años. Ellos eran profesores en la Universidad, cuando en 1960 comenzaron a interesarse por los efectos psíquicos del LSD. Las primeras experiencias se desarrollaron en el marco de la Universidad de Harvard y bajo sus auspicios. Después, a medida que el interés de los profesores por lo que ellas suscitaban iba creciendo, se prosiguieron en privado, en el departamento de tal o cual de sus colegas o estudiantes. Desde 1962 los dos profesores fueron atacados por los responsables de la Universidad, después por los notables, después por la prensa. "Jugar con estas drogas, es como jugar a la ruleta rusa", estimaba ya John U. Monroe, uno de los dirigentes influyentes de Harvard.

Situados frente a la elección: la universidad o sus investigaciones, Leary y Alpert prefirieron la IFIF (Federación Internacional por la Libertad Interior), que habían fundado en 1962. Esta asociación agrupaba a 3.000 adherentes, entre los cuales había numerosos médicos, psiquiatras, psicólogos, pastores, artistas y es-

critores; cuando los dos profesores renunciaron a la Universidad, a fines del año escolar de 1963. "Las relaciones entre nuestro grupo y Harvard han sido siempre malas", declararon Leary y Alpert, introdujimos con entusiasmo un elemento poderoso, no verbal y meta-intelectual, en una comunidad altamente dedicada a las palabras y a la inteligencia racional.

Las preguntas que es preciso hacerse

Desde hace dos años, Leary y Alpert se dedicaron enteramente a la IFIF que editaba un boletín, libros y múltiples conferencias. Se desinteresaron por las aplicaciones médicas de los psiquedélicos para entregarse al estudio de los estados de supraconciencia. Semejante actitud no podía evidentemente conciliarles con la sociedad americana. La posición oficial adoptada por la IFIF es que las drogas son esencialmente medios de formación individual y no medicamentos. Lo importante es enseñar a cada uno a mejorar el conocimiento de su universo interior y a controlar su sistema nervioso. Todos los que desean experimentar el LSD o sus derivados sobre sí mismo deberían poder hacerlo. Tales afirmaciones constituyen evidentemente fermentos revolucionarios que ponen en cuestión los hábitos, las leyes, las escalas de valores de nuestra civilización. El propio Gobierno mexicano las juzgó peligrosas. Leary y Alpert habían formado un centro con 35 personas en Zituatanejo, a fin de estudiar en el terreno los hongos sagrados. Fue clausurado por orden del Gobierno el año pasado.

Los dos ex profesores de Harvard prosiguen su investigación sostenidos por numerosos amigos y algunos financistas. Se iniciaron por un camino en el cual la vuelta atrás parece imposible, y al mismo tiempo, nadie puede juzgar sobre lo que se encuentra en su término: el bien o el mal. Esta aventura es útil, fascinante. ¿Es o no peligrosa? No para algunos individuos —¿qué importa después de todo?— sino para los valores humanos más fundamentales que sea necesario proseguir en la investigación sobre las drogas; en psicoterapia nadie lo pone en duda. Los psiquedélicos aportan un factor suplementario: algo que se parece a una ideología; por ese lado está la salvación, afirman los investigadores que los han ensayado sobre sí mismos y desde entonces no tienen más que una preocupación: convertir a sus semejantes. ¿No es por la convicción de sus apóstoles como se reconoce la importancia de una ideología? Queremos llamar la atención sobre la evolución curiosa de los hombres de ciencia que se dedican a estos estudios, y primero de los que han realizado el mayor número de experiencias sobre sí mismos, los profesores Leary y Alpert que con la droga

más fuerte, el LSD, según el doctor David C. Mac Lellan que los había hecho nombrar en Harvard: "mientras más drogas absorbían menos se interesaban por la ciencia". Según su propia confesión, el interés médico de los psiquedélicos les pareció muy pronto secundario. La historia de estos hombres y sus discípulos desde hace tres años sigue una línea simple y curiosa: ellos se encontraron progresivamente separados del mundo científico que había sido el suyo sin manifestar la menor nostalgia. ¿Se han separado por el efecto de la droga de la sociedad de los otros? La ausencia de acostumbamiento fisiológico ¿se paga con un peligro más grande, el aislamiento en una actividad narcisística? A menos que Gordon Wasson, el experto en psicilocibe tenga razón y que la humanidad se divida en dos: "los que han tomado hongos sagrados y a quienes esta experiencia subjetiva descalifica para hablar de ella científicamente, y los que no la han tomado y a quienes su total ignorancia del tema descalifica igualmente".

Era preciso, sin tomar partido, plantear todas estas cuestiones que muestra la amplitud de este debate.

El doctor Albert Hoffmann inventor del LSD

"Tenía la sensación de disolverme en un torbellino de colores y de formas. Cuando abría los ojos, los colores de la pieza aparecían maravillosamente avivados y brillantes, con tonos de un rojo cálido dominando al lado del verde crudo. A veces, por el contrario, imágenes coloreadas abstractas parecían salir de mi propio cuerpo, particularmente cuando hacía movimientos. Todas estas sensaciones eran sentidas de una manera espantosa y acompañadas de angustia. Tenía la impresión de estar poseído por el demonio. Durante la hora siguiente, mi estado se calmó un poco, las imágenes perdieron su carácter abstracto y vi paisajes y configuraciones arquitectónicas. El médico que vino a controlar mi presión arterial se me apareció como un sacerdote azteca sacrificador, lo que me divirtió. Todos mis esfuerzos para percibir a este colega bajo sus propios rasgos fracasaron".

Roger Heim (director del Museo de Historia Natural de París)

"La primera experiencia que intenté con los hongos alucinógenos utilizados por los indios de México meridional y central, se refiere a una cantidad de 120 gr. bajo la forma de 5 carpóforos frescos. Los carpóforos fueron uno tras otro masticados y absorbidos a la 1 de la mañana. Las primeras manifestaciones aparecie-

ron más o menos 1 hora y media después de la absorción, pero una somnolencia natural hizo primero difícil la caracterización de los síntomas correspondientes a la aparición en la obscuridad de franjas de colores vivos, después del espectáculo coloreado de una encrucijada donde se juntaban calles en pendiente, bordeadas por edificios elevados apretados uno contra otro, sin ninguna silueta humana...

Se me apareció como una especie de esférico espectáculo en azul, formados por discos que evocaban, por la intensidad más viva del centro, los ojuelos de las alas de las mariposas. Se manifestó una excitación alegre que se tradujo por reflexiones hechas en alta voz. Me di cuenta entonces de que yo estaba solo, que nadie habría podido sorprender mis interjecciones y sentí con eso un intenso alivio".

CALICHE EN EL PORVENIR AGRARIO CHILENO

Nuestro colaborador, Pedro Arroyo Concha, que ha venido publicando en el BOLETIN una serie de artículos en relación con las reservas nítricas de Chile y su futuro, nos ha entregado para su publicación la carta que a continuación insertamos. Juzgamos de interés publicarla, como quiera que lo expresado en ella por el senador Curti, Presidente de la Comisión de Agricultura del Senado, incide en el tema que nuestro colaborador ha venido desarrollando, con vistas a mejorar el agro chileno.

"Santiago, 7 de febrero de 1966

Señor
Eugenio Greene Valverde
Secretario Ejecutivo de la Comisión Forestal
Ministerio de Agricultura
Presente

Estimado Secretario Ejecutivo y amigo:

He estado en la zona de Chillán en la que me entrevisté con el Presidente y Gerente de la Cooperativa Vitivinícola de Quillón, señores Francisco Unzueta y Renato Zenteno, quienes me expresaron los evidentes e inmediatos buenos resultados de la aplicación del Pesticida Caliche a los árboles frutales y a las viñas de esa zona, hecha a modo experimental. Me expresaron que era tanta la diferencia de vegetación de frutos en número y dimensiones, de los árboles y vi-